

## TAO

Fuente: Agustín de La Hoz

Para hacer una buena entrada en Tao hay que aguardar esa hora imprecisa en que despierta la mañana, porque así contemplará el viajero a la divina escoria del Clérigo Duarte recostada, entre gasas difusas, como si esperase hacer ahí mismo nuevas nupcias con el sol... Este amanecer dorado sorprenderá siempre a quien temprano llegue a Tao, donde las luces primeras parecen tener perezosos bostezos y gran honestidad... Hay quien afirma que este paisaje de Tao está purificado, no ya por el fuego de su volcán, sino por las predicaciones que hiciera San Antonio María Claret el día 22 de marzo de 1849, durante las célebres misiones organizadas por el Obispo Codina y Augerola. El confesor de Isabel II recordaba, entonces, a los pobladores de Tao sus obligaciones para con las partes de los frutos que debían de pagar a la Iglesia, significándoles la sucesión de catástrofes acaecidas en la isla, en particular, Tao-Tiagua, pueblos castigados por erupciones volcánicas no ha veinticinco años<sup>1</sup>, acontecimientos que el Padre Claret relacionaba con la poca atención que el pueblo prestaba a sus deberes para con la Iglesia. Ya el Obispo Dávila había implantado la misma fórmula, cuando en un edicto de 1735, relativo al modo de diezmar, trae a la memoria de los insulares las calamidades del volcán y de la langosta africana, «como castigo de Dios por la usurpación de los diezmos, o por el modo de abandonarlos, con muy poco temor de Dios».

Por eso, una vez evangelizado, Tao no volvió jamás a sisar un solo diezmo, y de su acendrada religiosidad conserva todavía el rezó del Rosario en comunidad, pasándolo un vecino desde un patio o cualquier portal, y a quien responden

voces pías por todos los rincones. En general, forman agrupaciones en torno al que dirige el rezo, y en la paz de la tarde suena el soniquete monótono, sonnoliento y sin alma alguna. ¡Son las huellas del Padre Claret, que están calientes aún y continúan incubando religión en este pueblo de San Andrés! Porque Tao perdió, por algún tiempo, su primitivo topónimo para llamarse Lomo de San Andrés, como lo mencionan entre otros documentos las «Sinodales» de 1733, en plena apocalipsis insular. Un siglo después, comenzó de nuevo a llamarse Tao de San Andrés y, en la actualidad, Tao a secas.

Este pueblo tiene Las Vistas, preciosas por demás, desde donde el viajero puede admirar la soberanía que hay por los cantiles de Famara, con su escolta de islas, éstas parecidas a sueños de San Borondón, como si fueran ilusiones de espiritual sosiego y ternura. Se ve lejano al famoso Risco de Famara, debajo de un sol poderoso, como si la Luna durante la noche anterior hubiera derramado encima parte de su luminoso vestido. Por el naciente, hacia Majapalomas, el pueblo de Tao tiene bien definida su divisoria agrícola, pues de mitad al norte son lavas de 1824, y de mitad abajo imperan los jables distendidos, donde el hombre de Tao cultiva papas, batatas y jugosas sandías. Por el norte tiene este pueblo sus viñas antiguas y sus nuevos enarenados, en medio de los cuales se alza la histórica cruz que conmemora aquella urgente «bajada» que hiciera la Virgen de los Volcanes en 1º de agosto de 1824, «para que apagara el volcán de la Capellania». Hacia el sur encontramos los Hoyos del Agua, con excelente tierra para cereales y legumbres, donde el paisaje deja de ser salvaje naturaleza para transformarse en libro, que, pese a su modestia, contiene grandes enseñanzas... Cualquier parcela parece una página de ese libro como si cada labrador de Tao se esmerara para ofrecer su sabiduría de la tierra a quien venga por aquí. A cada paso, el viajero se admira de lo bien amaestrado que anda el suelo, porque los trazos y pircas de cada finca nos advierten, sin hablar, por dónde debemos caminar...

Al poniente de Tao, al otro lado de la carretera general, están los clásicos «roferos» y el flamante camposanto taense, construido por los vecinos y a su propia costa. La fuerte religiosidad de Tao le ha hecho amante de las «honras fúnebres», y a éstas se aferra como entontecido por el «dies irae», aunque acaso sin entender bien la profunda amonestación de la jaculatoria<sup>2</sup>. Porque a nadie puede honrar la purpurina de plata o de oro, ni la coreografía tenebrosa que se derrocha en Tao, como si de tal culto a los muertos se tratara. No quieren convencerse los de Tao que el culto a los muertos es religión de paganos, pues como bien dice el agonizante canto del fraile todo será «in favilla», y entonces de nada valdrá haber-nos enterrado dentro de cajas estupendas...

De los «roferos» de Tao han salido y salen grandes volúmenes de arena para formar el «colchón» que actúe de capa protectora y regule por tanto la temperatura del suelo. Este sistema de enarenar las tierras ha dado en Tao suficiente riqueza. En tiempos no lejanos se efectuaba siempre el transporte de la arena a

lomo de camello, dificultad que encarecía y prolongaba sobremanera la puesta en marcha de una parcela. En la actualidad, los transportes del «lapilli» se hacen con vehículos motorizados, resultando interminable la caravana de camiones que, a veces, se ve por estos caminos donde los enarenados experimentan un incremento importante, gracias a las facilidades con que cuentan los pequeños propietarios de alguna que otra maleza, y que en la actualidad han transformado en fincas ubérrimas<sup>3</sup>.

Los hombres de Tao son de conducta intachable, ponderados, hombres de hogar y practicantes de la vida fraterna. El hombre de Tao siempre tiene dinero a mano, sabe «pintar» el dinero cuando hace falta, y acaso no sea fábula el que un vecino de Tao no gaste nunca un tercio de los caudales destinados a su subsistencia.

En este pueblo se dan las mujeres guapas como en el Irán las amapolas, y con estas papaveráceas las féminas de Tao narcotizan a cualquiera el sentido. Según el viajero vaya haciendo su barzoneo por las incipientes calles de Tao verá que los postiguillos se abren, de abajo hacia arriba, para mostrar rostros académicos, fuertemente sonrosados, con vivos ojazos, con labios gruesos, húmedos y sensuales, amén de otras tantas magistrales insinuaciones... Mas no se crea que en Tao la belleza ande reñida con las labores agrícolas, porque aquí la mujer trabaja la tierra con afanes insospechados. Habrá que verlas ahí, en pleno campo, envueltas en ropas talares, en general, estampadas de vivos colores, sus caras ocultas por sendos pañuelos que hábilmente, se anudan debajo de la barbilla, y tocadas por aladas sombreras de palma, al típico modo. ¿Y de tanta beldad qué ha quedado? Llegado el domingo tales mozas «enmascaradas» se despojan de sus falsos miriñaques para surgir en la vida festera de Tao con mucha más hermosura y garbo, porque por algo se traen consigo los ardores del sol y los aromas del campo.

Existe en Tao reminiscencias del patriarcado primitivo, pues por criterio exclusivo del más anciano los hijos del pueblo acometen obras de diferente destino: unas veces fabrican la casa para un futuro matrimonio sin recursos, otras contribuyen económicamente para evitar la ruina de cualquier vecino y, las más, se entienden ellos solos en asuntos que competen al municipio. En Tao hay muchas cosas hechas pura y exclusivamente por sus pobladores, sin ayuda de nadie, porque ellos ni siquiera pensaron en pedir nada para llevar a cabo sus iniciativas. La pobreza-pobreza, puede decirse, no existe en Tao.

La iglesia de San Andrés fue hasta el otro día<sup>4</sup> nada más que humilde ermita, pero como andaba por el aire la posibilidad de convertir al pueblo en sede parroquial, los vecinos de Tao se esforzaron aunados para endosar al viejo cuerpo nueva nave, dándole así rango de «iglesia». Tiene esta iglesia una valiosa imagen de San Andrés, atribuida a Luján Pérez, que representa al mártir crucificado en un patíbulo a modo de aspa. La devoción popular la comparte San Andrés con el jefe de las Milicias Celestiales, San Miguel, según nos lo tienen explicado

los Padres de la Iglesia. La imagen del bético Arcángel no es de gran valor artístico, pero tiene la aguerrida postura de costumbre, o sea, oprimiendo el negro cogote de Satán con una pierna, mientras blande su espada, finita como un verdugillo del siglo XVIII.

El pueblo de Tao, laborioso y ejemplar, es como un símbolo del Cristianismo en Lanzarote, pues en su gente hay algo así como un himno permanente a la fraternidad en la tierra... ¡Son las huellas aún calientes del Padre Claret, huellas bien marcadas por los caminos de Tao! Acaso el apuesto San Miguel de Tao, con sus alas arcangélicas, avente del pueblo todos lo tuvos del mal, que como tal polvo volandero podría, al caer, cubrir las hasta ahora imborrables pisadas claretianas.

Ya transponiendo este idílico pueblo vese en el paisaje formas fuertes, masas de flores rojas que cuelgan sobre las pircas, pero a la vez dichas formas se distienden como por fondos de gran desierto, con sopor aplomado, quizá hasta con raro cenicientismo, pero que demuestra el gran amor y libertad en que viven los pobladores de Tao, verdaderos juglares en su escondite romántico...

## NOTAS AL CAPÍTULO

1. Se refiere al volcán del Clérigo Duarte, que eruptó en 1824.
2. De fray Francisco Tomás de Solano.
3. Debido al amparo de la Ley de 27 de abril de 1946, de Colonizaciones de Interés Local, y del Decreto y Orden Ministerial de Agricultura de 7 de junio de 1949.
4. En 1958 se inauguró la nueva nave de la iglesia de Tao.